

vación valorativa de algunos autores, pero sin acritud, con la ecuanimidad a que propendía siempre su propio bien pensar, prefiriendo destacar lo mágico y amable. Y si en algún caso su labor crítica tenía humildemente una tilde corregidora, era como el agridulce grato del limón, tan saludable para el cuerpo, como su postura de nobleza lo era para lo criticado por lo que tenía de aleccionador consejo y comprensión.

Récientemente, aunque como consecuencia de apretada labor de más de una docena de años, ha visto la luz una obra extensa e intensa, de gran profundidad analítica y aciertos, sobre el Romanticismo español, destacando y valorando la época lírica por excelencia. La obra, en tres tomos, es un regalo de estilo; sugestivo, deleitante, y nos ilustra minimizando factores y detalles de cuanto se hizo belleza literaria en un período de tiempo en el que, las delicadas expresiones del alma, alcanzaron luminoso cénit. Su mérito singular ha quedado reconocido por la Real Academia Española, concediéndole el premio «Cartagena».

Hombre introvertido, fundamentalmente austero, consagrado a los deberes del hogar y familia, y, como expansión de la fuerza ingente de su espíritu a esas expresividades literarias, que habrían alcanzado aún mayor y justa fama, con méritos positivos —sobre la garrulería de los valores prefabricados hoy tan padecidos—, si las hubiese destinado a prestigiosas editoriales, que por sus organizaciones y ámbitos comerciales y propaganda, dan ancho mercado a las producciones. Su gran modestia coartó lo que debieron ser sus ponderadas valoraciones, y ello constituyó, por consecuencia, su gran defecto.

Irradiante de bondad para con todos, constante efusión y rendimiento a la amistad, propicio siempre a destacar y elogiar los valores de sus amigos, poniendo niebla de sencillez a los suyos.

Quede para su obra lo mejor de nuestras admiraciones. Tanto y más para las exquisitas calidades afectivas de su persona, con el ancho y hondo recuerdo de una amistad de muchísimos años, toda la parábola de nuestra juventud a ya nuestra vejez. Descanse en la paz y gloria merecidas.

EDMUNDO COSTILLO MARIN

Santander, 1969.

INCITACIONES

LA LECTURA

En memoria del maestro don Pedro Romero Mendoza, que fue un gran lector.



SIEMPRE, desde la más tierna infancia hemos sentido el aguijón de la lectura, acto que ocupa la mayor parte de nuestra existencia, el mayor tiempo disponible, después de cumplidos los deberes primordiales, cada día que transcurre, más acuciantes. Esta pasión por la lectura nos mueve, nos viene incitando —el término es orteguiano puro, ya que el original pensador trajo la palabra «incitaciones» a la lengua viva— a formular unas humildes consideraciones que trasladamos a los lectores.

La lectura—que atrae constantemente a los espíritus más cultivados—expresa la asociación de todas las actividades, el giro aparente de todo el espíritu humano.

Es la lectura el mejor medio de educar los sentidos y especialmente el alma, el más rico tesoro que el hombre posee.

La lectura tiene un gran valor como información. Es el mejor medio de enriquecimiento interior del hombre y lejos de ser pernicioso su ejemplo, como algunos han llegado a creer, es por el contrario muy beneficioso. Así lo sostiene el ático escritor catalán Carlos Soldevila en una exposición muy sugestiva.

La lectura deleita y conmueve para que—por el consorcio de las actividades psíquicas y mediante sobreexcitaciones cerebrales— se manifiesten concepciones artísticas.

La importancia de la lectura es transcendental. Abrió la senda del progreso y de la civilización. Por la lectura se han educado y se educan los mayores hombres que nos brinda la historia y el pueblo adquiere cuanto le es necesario en aras a su progreso.

«Leer no es solamente satisfacer la necesidad de ampliar conocimientos». Saber leer es reflexionar sobre lo leído, apropiarse del pensamiento ajeno, empleando el término en el sentido de comprensión e interpretación.

Amemos con gusto la lectura, renovémosla continuamente para el mejor cultivo espiritual, ya que, como ha dicho un periodista moderno, «saber leer, no es leer y leer no es lo mismo que amar la lectura. Saber leer es poco; leer por leer no es mucho; leer por gusto, con pasión, amar la lectura lo es todo, es casi la cultura perfectísima».

El arte de la lectura, muy extendido, se intensifica cada día más en

nuestro país. No hay que olvidar que la lectura es un magnífico medio de crítica y ejercicio, principalmente en las nobles profesiones y todo aquello que se relaciona con el público a través de la palabra hablada y nada digamos de los hermosos ventanales de nuestros días, de la radio y de la televisión.

La palabra no tiene fronteras. La radiodifusión desempeña un papel importantísimo y se ejecuta al ritmo de la vida.

Más todavía cabe decir de la Televisión, con sonido, imagen e idea. Todo penetra en el hogar y en todas partes con lo que esto representa.

En los centros docentes debe imperar y fomentarse en lo posible y con sumo cuidado la lectura—que bien practicada exige una amplia cultura—por los beneficios que reporta para la mejor formación, a base, naturalmente, de buenos libros y de cultivar las más excelentes cualidades del hombre y del espíritu. La vida del espíritu viene a ser en definitiva nada más que la vida de la humanidad.

Hoy que tanto se propugna el hombre social en orden a un buen desenvolvimiento, hay que tener en cuenta que la lectura es totalmente imprescindible para él. Al hombre la lectura le orienta en el laberinto, en la complejidad político-administrativa de nuestros días.

Pero en la lectura hay que poner, como en toda actividad y si cabe más todavía, lo que esté de parte de quien la practica para que el resultado perseguido se alcance plenamente.

Se ha de sentir la lectura. Hay que dar sentimiento a la lectura. Así lo hacen los maestros de la palabra, que se identifican por completo con los sentimientos del autor.

No olvidemos nunca—por lo que concierne a la lectura artística—cuanto entra en función de la lectura y la regla de los maestros y los principios en que se fundan.

Relacionado con la oratoria—a la que ha dedicado el fino y laureado ensayista Pedro de Lorenzo espléndidos artículos—anotemos que actualmente se lee mucho más que se habla, incluso en ilustres y doctas Corporaciones. Es preciso constatar que cuando se lee se evitan no pocos riesgos y peligros de perderse o de no encontrar la palabra adecuada, precisa.

Con razón se afirma que el que sabe leer e interpreta bien la lectura con su verbo, con sus gestos y ademanes se gana al auditorio.

Los grandes lectores—España es país de eminentes oradores y lectores—, los que mejor ejercitan el arte de la lectura, hacen del mismo un espectáculo completo y singularmente emocionante.

VALERIANO GUTIERREZ MACIAS

Nuestros clásicos

Relación a la retirada que Carlos V, Emperador, hizo a Yuste

YACE en la valiente España
Un gran pedazo de tierra,
Dulce olvido de los hombres,
En la Vera de Plasencia.

Suelo de tanto deleite,
Que acreditara a un poeta
Que fingió el Elíseo campo,
A decir que fue en la Vera.

Aquí el temerario invierno,
De lástima o de vergüenza,
Del campo siempre florido
Dentro en sus huertas se encierra.

El noble Mayo detiene
El dudoso otoño atierra,
Y a más no poder corona
De nieve las altas sierras.

No que el yelo, humilde fuente,
Ate en nevadas cadenas,
Que en su imperio de cristal
Sin ley murmuran y reinan.

El seco abrasado estío
Sus ardientes llamas templó
Con el céfiro agradable,
Blando rey de las florestas.